



LA IDEA DEL PROGRESO EN LA EDAD MEDIA*

Antonio CASO

DESEO EMPRENDER un estudio sociológico sobre el orden y el progreso, que comenzará desde la tercera lección. Pero antes, en esta primera conferencia y en la segunda de la serie anunciada, trataré en general de la noción del progreso.

En esta primera lección, según se ha anunciado, estudiaremos esa misma noción del progreso en la Edad Media. ¿Y por qué no en la Edad Antigua? ¿Por qué comenzamos el estudio en la Edad Media? Esto nos lleva a discurrir sobre la noción del progreso en la Antigüedad y los caracteres que presenta esto que llamamos la Antigüedad clásica, frente a la noción del progreso.

Si se recurre a los poetas de Grecia y de Roma, encontraremos en ellos regularmente la negación de la idea de progreso. En efecto hallamos la afirmación de que la edad de oro se sitúa en el pasado, y de que la sucesión de los tiempos es una secesión decadente. Es clásica la cita que se hace al respecto por todos los autores en lo que concierne a Hesiodo. Distingue éste cinco edades: la de oro, la de plata, la de bronce, que apellida de los héroes, —a la cual corresponden Hércules, la expedición de los argonautas y la Guerra de Troya, famosísimas hazañas heroicas que constelan la Mitología Griega—, y la de hierro, al fin, que es en la que alcanza a vivir el poeta. Hay que advertir que Hesiodo es contemporáneo de aquella época de invasiones, lo cual tal vez influyó definitiva y característicamente en su modo de ver. En su época, la edad de hierro, —nos dice—, no cesarán los hombres de ser

* Este estudio es el texto de unas notas tomadas de la primera de las conferencias del ciclo “La Sociología del orden y la Sociología del progreso” profesado en los Cursos de Invierno de 1946 en la Escuela Nacional de Jurisprudencias. Dicho ciclo de conferencias constituyó la última actuación docente del llorado Maestro Antonio Caso en la Universidad Nacional Autónoma de México. *Revista de la Escuela Nacional de Jurisprudencia*, tomo VIII, julio-septiembre de 1946, núm. 31.

agobiados con trabajos y faenas en el día, ni cesarán de corromperse durante la noche; los dioses les prodigarán amargas inquietudes y preocupaciones.

En Roma, hallamos un trasunto de ese mismo pensamiento de Hesiodo, sobre la transformación de la historia humana en el sentido del empeoramiento sistemático. Es lo que nos da Horacio en la *Oda Sexta* del tercer libro. Es esa oda una de las más admirables poesías latinas que han llegado a nosotros. En ella Horacio analiza el estado de decadencia de la Roma Cesárea. Sobre todo, se refiere al estado en que se encuentra el hogar, y muy especialmente la mujer romana de aquel siglo. Alude al comerciante español opulento que llega a Roma con todas sus riquezas con las cuales seduce fácilmente a las damas romanas: al impudor de la mujer que prefiere, en vez del esposo viejo o del amante viejo, al amante joven; y después de referirse a varias facetas, de aquella decadencia moral, arguye en contra de toda idea del progreso: la edad de nuestros padres es peor que la de nuestros abuelos, la nuestra es todavía más mala; y a nosotros nos seguirá una descendencia más viciosa. Horacio cree que el tiempo es destructor: todo lo degrada, peores que los abuelos son los padres; pero peores que los padres son los hijos, y en esa decadencia continua, se engendra una posteridad aún más viciosa.

También hallamos palabras semejantes en Ovidio. Cabe decir que el pensamiento de la antigüedad clásica, en esta materia gira en torno a dos ideas que regularmente se mezclan: una, la de la decadencia de siglo a siglo; otra, la del retorno, la del ciclo, como dicen los estoicos, como enseña Marco Aurelio, la vuelta circular.

No obstante, ha habido quien cree ver afirmado el progreso en el gran poeta latino Lucrecio, en algunos fragmentos de su obra *De Rerum Natura*; por más que otros hayan censurado esa interpretación y no admitan que en los versos de Lucrecio se contenga una afirmación del progreso.

También se han hecho citas de Cicerón relativas a ciertas frases en las que parece que alude al progreso, lo cual no deja de tener alguna exactitud. Y por fin, también de Séneca, en donde increíblemente, como se va a ver después, hallamos algunas afirmaciones que expresan la convicción de que la humanidad en su historia va realizando un progreso. Pero esos atisbos tienen tan solo el carácter de excepciones frente al pensar general de la Antigüedad clásica, cuyos autores, en general, coinciden en negar que la humanidad progresa en su historia.

Es inquietante el problema de por qué los pensadores antiguos concordaron todos ellos en negar el progreso. Tal vez ello fuese debido a la escasa experiencia histórica que se tenía en la Antigüedad. Entonces no había

habido todavía la oportunidad de esas vastísimas experiencias, que después ha adquirido el hombre, al contemplar el proceso de la historia universal.

Rodolfo Eucken en su libro sobre “Las Grandes Direcciones del Pensamiento Contemporáneo”, a propósito del problema que tratamos y en relación con la Antigüedad clásica, dice: El ser se estima sobre el devenir; la teoría de las formas creada por Platón y desarrollada por Aristóteles, nos presenta las formas mismas como modelo y fuerzas fundamentales de las cosas; ellas se conservan inmutables a través de todo el proceso cósmico, que no tiene principio ni fin. Toda modificación proviene de la materia, pero la forma es impoluta, es indestructible, es inmaterial y es perenne. Esta teoría de la forma es confesada tanto por Platón, que tiene algo de pitagórico, como por Aristóteles, que conserva algo de platónico. Se trata de la apoteosis del número, del paradigma, de la forma. Cabe relacionar esto con la apoteosis del ser y la absoluta negación del devenir, que antes había encabezado Parménides. Frente a Parménides, a los pitagóricos, a Platón y a Aristóteles, adoradores del ser y de la forma, hay que exceptuar a Heráclito, el filósofo del devenir. Sin embargo, lo que hallamos en Heráclito no es la afirmación del progreso; es tan sólo la afirmación del cambio, del desarrollo universal, la idea de la evolución, de la fluencia.

La idea del progreso implica un elemento más, una dimensión más, que no tiene la idea del cambio o evolución, en la idea del progreso interviene una nueva dimensión. Esta nueva dimensión es el valor. No se puede tratar del progreso sin tratar del valor, o por decir mejor, de los valores. Pues como ha dicho muy bien el sociólogo francés Bouglé —en una caracterización elemental, que todos podemos admitir, por más que tengamos cada quien nuestra metafísica e incluso nuestra ontología del valor—, los valores son posibilidades de fruición, permanentes e irreductibles. Esto nos explica cómo el progreso puede realizarse en el sentido estético, sin realizarse en el sentido moral; y también realizarse en el sentido intelectual puro, sin realizarse en el sentido religioso, a través de las distintas edades de la historia humana. Esta dimensión revela nuestro problema; el problema del progreso como conectado con el problema del valor. Lo que llamamos bien, aquello que causa nuestra fruición, aquello que a veces colma, por más que nunca sacie, el constante ánimo de fruición que caracteriza la vida, eso es el valor encarnándose en la historia. Una época progresiva con relación a otras épocas, es una época en la cual los valores se han convertido en bienes de la cultura, informan actividades culturales. La historia no tiene que ver con la discusión de los valores en sí; la historia se refiere a los bienes de la cultura; halla los valores encarnados en las realizaciones culturales de las

épocas: por ejemplo, la estatuaria ateniense; por ejemplo, la escuela florentina; por ejemplo, la pintura española; por ejemplo, la novela inglesa... Esas son revelaciones o encarnaciones de los valores en la cultura, en bienes históricos, que se llaman *v.gr.*: “El caballero de la mano en el pecho” de “El Greco”, o bien “Las Meninas” o “Las Hilanderas” de Velásquez. Estos son los bienes de la cultura; esto es lo que se da al historiador.

Dicho lo anterior, por lo que mira a la caracterización general de una parte de nuestro problema, vamos ahora a pasar seguidamente al análisis de la idea del progreso en la Edad Media. La exposición anterior sirvió para mostrar por qué nos contraemos especialmente a la Edad Media y no emprendemos un estudio, que por la demás sería muy interesante, sobre la idea del progreso en la Antigüedad clásica.

Ya la misma idea mesiánica implica un pensamiento de que lo que viene después cuando el Mesías llegue, será mejor. Y como el Mesías encarna la revelación para la vida, entonces el sentido de la vida no se pone en un remedo de la edad de oro, sino que se sitúa adelante.

El problema consiste en saber dónde queda ese adelante, qué cosa signifique adelante. Un buque navegando en alta mar ¿avanza o retrocede?, ¿regresa o progresa? No lo podréis decir jamás si no tomáis en cuenta un punto de referencia. Ese punto de referencia, para nuestro caso es un *a priori*. Este *a priori* es el valor. No lo podréis declarar jamás, si no tomáis en cuenta un elemento antecedente, un ideal, un valor, un fin. Porque ¿a dónde va el navío? Si va en tal dirección, quizá progrese, si no, tal vez retroceda. Por eso decía yo antes que, relativamente al concepto de cambio o de evolución, la idea de progreso implica una dimensión más, la dimensión del valor.

San Agustín, nos ofrece en torno de la idea mesiánica, la indicación de tres edades: la naturaleza antes de la revelación; la revelación después de la naturaleza, y, por último, el reinado de la gracia. Primero, la naturaleza; después Moisés; por fin Jesús. Tres hitos en la evolución del género humano. Hallamos en el siglo V el *Memorial Conminatorio* de San Vicente de Lerins, donde aparece una noción del progreso muy interesante. Antes de estudiar las palabras de San Vicente en su *Memorial*, veamos rápidamente, en bosquejo, el escenario donde se desarrolló su existencia: es al Sur de Kent, en el mar; dos islas. Aquel hombre había sido soldado y no había despreciado las oportunidades de gustar de placer. Al fin, convencido por San Honorato, se retiró al claustro y, ya en él, escribió el *Memorial Conminatorio*. En él plantea esta cuestión: Alguien dirá quizá: no hay ningún progreso en la religión de la Iglesia de Jesucristo; pero hay uno, y ciertamente muy grande. Se trata de un progreso de la fe y no de un cambio. Es

decir, se oponen dos ideas, la idea de progreso se opone a la idea de cambio. Por eso —dice San Vicente— es menester que se trate de un progreso y no de un cambio: el progreso consiste en que una cosa crezca permaneciendo la misma; el cambio se verifica si algo se transforma en otra cosa; por ende que crezca y se desarrolle con abundancia de siglo en siglo, tanto en los individuos como en el cuerpo entero de la iglesia, la sabiduría, la ciencia, la inteligencia. Pero que sea siempre en el mismo pensamiento, en el mismo sentido y en la propia creencia. Es decir, San Vicente ve a la Iglesia como una unidad, y esta unidad es progresiva. No hay por qué no lo sea, pero siempre y cuando esa unidad permanezca como tal unidad; porque, si no fuese así, no podría admitir San Vicente el progreso; por que una cosa es el progreso de la fe y otra es el cambio. La transformación, la transmutación, niegan el progreso. El progreso exige la sustancia del sujeto. Y más adelante expone: Que la religión de las almas siga la ley que rige a los cuerpos. Los cuales aun cuando se desarrollan en el curso de años enteros, permanecen siempre los mismos.

Es curioso, importante, observar cómo del dato que se refiere a la biología de los cuerpos, pasa San Vicente a la afirmación de la biología espiritual, que declara progresiva; es decir, él pasa del aspecto ostensible de los cuerpos a la investigación del progreso en lo intelectual o en lo moral. La iglesia es lo que es, siempre lo que es doquiera y lo que es para todos, lo que tiene de sentido como comunión ideal. Puede progresar en ciencia, puede progresar en costumbres, puede progresar de otras varias maneras. Pero en donde no puede variar es en la unidad, por que si varía en la unidad, desaparece el sujeto y ya se trataría de un cambio, de una transformación y no de un progreso que, según vimos antes, implica siempre un sujeto progresivo.

Por lo que respecta a la explicación de este pensamiento de asimilar el progreso moral con el progreso orgánico, hay otro pasaje en la misma obra. En él se dice que media una gran diferencia entre la forma de la juventud y la madurez de la senectud. Pero se trata de las mismas personas que pasan por diversas edades. Los miembros vigorosos del adulto son los mismos que eran tiernos en el niño, y aún los órganos que no se desarrollan sino muy tarde, existen como rudimentos en el embrión; nada hay en el cuerpo de un viejo que no está ya en el del infante.

¿No parece verdaderamente extraordinario que un pensador del siglo V tienda constantemente a apoyar su concepción del progreso en razones biológicas? ¿No es por ventura extraordinario, que un pensador que por la dirección de su espíritu, por su educación y por sus tendencias, incluso por la espiritualidad de la fe que confiesa, más bien nos inclinaría a suponer

que derivaría su visión del progreso hacia lo espiritual, lo derive hacia lo orgánico? Pues bien, lo cierto es que procedió firme en su opinión de que el progreso niega el cambio y afirma la sustancia del ente que declaramos progresivo; recurriendo entonces a la biología del organismo, para ejemplificar el progreso intelectual y moral dentro de la Iglesia Católica.

Quiero ahora ocuparme de Santo Tomás de Aquino, quien fue, al igual que San Vicente, un gran afirmador del progreso. He aquí el pensamiento de Santo Tomás. Como se va a ver, si no me equivoco, en Santo Tomás la afirmación del progreso es una afirmación relativa al campo intelectual. Pertenece a la naturaleza del hombre servirse de la razón para investigar la verdad; por ende, el hombre debe adelantar paulatinamente en el descubrimiento de la verdad. ¿Por qué? Porque pertenece a la naturaleza del hombre servirse de la razón, para investigar la verdad. ¡Ah!, porque somos seres de razón seres racionales, es por lo que paulatinamente alcanzaremos la verdad. Justo, perfecto. Dicen los teólogos que Dios lo ve todo en acto presente y en unidad. Así dice por ejemplo, Kempis: “todo lo ve en uno y todo lo trae en uno”. Pero la razón del hombre no puede equipararse a la Visión Divina. Sino que nosotros tenemos que ir sirviéndonos de lo más precioso que alcanzamos, que es la razón, paulatinamente; como el albañil que construye un muro, hoy pone el cimiento, y mañana adelanta colocando ladrillo sobre ladrillo, afirmándolo poco a poco, y así levanta el muro, con un esfuerzo progresivo. Así son también todas las obras del esfuerzo humano, que implican el esfuerzo del razonamiento.

Tiene plena razón Santo Tomás. En tanto que es la razón el medio por el que se alcanza la verdad, entonces la actividad humana será paulatina y sucesiva. Pero según Santo Tomás tiene un aliado el hombre: el tiempo. El tiempo permite hacer grandes descubrimientos y alcanzar la última precisión. ¿Por qué el tiempo permite este despliegue de la facultad racionante en el hombre? ¿Pero es, por ventura el tiempo algo activo, que venga a desarrollar esta posibilidad de servirse de la razón para alcanzar la verdad? No. Dice el Aquinatense: Sólo el tiempo permite hacer grandes descubrimientos y alcanzar la última precisión. No porque el tiempo por sí mismo coopere en realidad a esta obra difícil. Sino más bien porque la obra se realiza en el tiempo. Es decir, es el tiempo en donde se realiza la obra humana de la inteligencia. Si alguien se aplica en la investigación de la verdad, no puede el tiempo dejar de prestarle un precioso concurso haciéndole ver con posterioridad lo que no alcanzó a ver desde luego.

Imagino yo a aquél gran razonador, uno de los más estupendos razonadores que ha habido jamás, solo, introspeccionándose sobre cómo alcanzar la

verdad: no puede el tiempo dejar de aportarle el precioso concurso haciéndole ver con posterioridad lo que no alcanzó a ver desde luego. Y, entonces el filósofo, salta del plano individual al plano social, y es el momento en que afirma el progreso en un precioso texto, donde dice que lo mismo sucederá para quienes vengan después inspirándose en los descubrimientos de sus predecesores: realizarán otros nuevos. Es decir, así como un individuo va adelantando paulatinamente —según nos lo ha dicho en un principio y sobre los fundamentos que sentó antes— y nuevas reflexiones lo llevan a la consecución de nuevas verdades, así también la humanidad. Lo mismo sucederá para los que vengan después; inspirándose en los descubrimientos de sus predecesores, realizarán otros nuevos. Tales como las ciencias y las artes se han desarrollado.

De modo que Santo Tomás espera el constante desarrollo de las ciencias y de las artes. Pero este es el progreso intelectual puro. Aquí no se trata de otros adelantos; se trata del puro progreso de la ciencia, porque la ciencia es obra de la razón, y la razón, dentro de su imperfección, es eminentemente progresiva.

Veamos ahora la prueba, de este aserto. Lo que en un principio se sabía era muy imperfecto. Pero la historia nos muestra que sucesivamente cada pensador ha ido poniendo su contribución para perfeccionar lo que antes se sabía. Se ve, pues, el acierto de la imagen que empleábamos, de la construcción de la muralla. En otro pasaje Santo Tomás alude al hecho de que varias ciencias florecientes entre lo antiguos, han decaído por no haber sido cultivadas con posterioridad.

Y esto lo decía un hombre del siglo XIII, es decir, del siglo que han llamado los historiadores franceses, el Primer Renacimiento, del siglo de las universidades, de las sumas que concuerdan la fe con la cultura de la Antigüedad Griega, y, sobre todo, de la Alejandrina, que el descuido grosero de la primitiva Edad Media había dejado de cultivar. Adviértase que cuando se trata de la Edad Media, se suele cometer frecuentemente graves errores. Unos dicen: la Edad Media fue una etapa de obscuridad; otros afirman: la Edad Media fue una etapa de gran desarrollo intelectual. Ni lo uno ni lo otro es exacto, tomando en su conjunto total a la Edad Media. Pues en la Edad Media hay que distinguir diversos periodos. Los primeros siglos son pavorosos. En cambio, los siglos XII y XIII nos revelan una luminosa cultura y una alta civilización.

Para remate, vamos a recordar otro pensador medieval: Roger Bacon. Este Roger Bacon es uno de los fenómenos intelectuales más asombrosos de la historia humana. Lo es, sobre todo, porque perteneciendo a una orden

religiosa que es orden de amor, de misericordia, que ha puesto sobre todas las cosas ese amor de caridad, la Orden Franciscana, fue, al mismo tiempo, un investigador experimental de la naturaleza. Yo creo que hay una estrecha relación entre el espíritu que busca la verdad en la experiencia mística, en la iluminación mística, y el espíritu que busca la verdad científica en la experiencia natural. Porque se trata tal vez de dos experiencias: la experiencia mística y la experiencia física. Gran héroe de ambas experiencias fue aquel eminente fraile inglés de la Edad Media.

Pues bien, Bacon fue un decidido aclamador del progreso. Tenía que serlo, puesto que era un gran investigador científico. En él encontramos subrayado el otro aspecto del desarrollo intelectual: la ciencia experimental que viene a completar la ciencia racional de Santo Tomás, Bacon fue una mentalidad verdaderamente profética. Él creía que la Revelación es la verdad e incluso creía que en la Revelación y en la Escritura, está contenido el secreto de las ciencias; sólo que como nuestro entendimiento es muy limitado, no alcanza a adivinarla allí donde está, y tiene que buscarlo en la experiencia. Por eso tiene fe, como buen místico, como buen franciscano, en esta doble revelación: la revelación que se da en la Escritura y el conocimiento que se adquiere por el trato directo con la experiencia, con la experiencia física.

Estos dos elementos componen la actitud de Roger Bacon y le hacen apartarse un poco de la dialéctica abstracta, que especialmente sostienen los grandes pensadores de la otra orden religiosa medieval —la dominica—, por ejemplo, Santo Tomás de Aquino y San Alberto —aun cuando San Alberto fue un cultivador de las ciencias y acaso, merezca el nombre de gran sabio, unido a las calificaciones de gran filósofo, de gran erudito, y de gran santo.

Roger Bacon anticipó el descubrimiento del telescopio, o por lo menos lo presintió, cuando nos decía que, combinando vidrios ópticos en las apariencias de este mundo interior, podríamos tener por refracciones y reflexiones de hacecillos de luz, las imágenes de los astros aquí en la tierra. Él también sostuvo la posibilidad de que máquinas voladoras surcasen el espacio. Es emocionante contemplar, cómo la imaginación creadora de aquel ilustre pensador realizó tal acopio de conocimientos, que ponen a su siglo a una buena altura, frente a los otros siglos científicos de la historia. Ese fenómeno no debió ser solamente esporádico; por lo contrario, es muy probable que la investigación y la erudición hallasen en torno de aquel gran espíritu otros grandes espíritus.

Pero hay más todavía en Roger Bacon, por lo que mira también a la afirmación del progreso. Dice: Séneca sostuvo, con razón que las opiniones de los antiguos debían carecer de solidez, porque los hombres novicios y torpes

en la investigación erraban a tientas para conseguir la verdad. Séneca afirmó también, que llegaría un tiempo en que lo que es oculto hoy se revelaría a las generaciones futuras: pero —comentaba Bacon— para alcanzar tales descubrimientos, no bastan días ni acaso siglos. Es decir, en aquel curioso tipo filosófico que fue Séneca, hallamos el anticipo de la idea del progreso; quizá más que en cualquier otro pensador de la Antigüedad clásica. Bacon comenta: ha tenido razón Séneca para afirmar el progreso; mas para alcanzar aquel descubrimiento de lo todavía oculto, agrega, no bastan días, ni acaso siglos.

La idea del progreso se convertiría en una fe en la Edad Moderna. Las generaciones futuras conocerán lo que ignoramos; y se asombrarán de que hayamos ignorado lo que no sabemos. Nada es nunca perfecto en las intenciones humanas; ni nadie dice jamás la última palabra. Mientras los hombres lleguen más tarde al mundo, más amplias serán sus luces, porque siendo los últimos herederos de los siglos pasados, entrarán en posesión de todos los bienes que el trabajo de los siglos acumuló para ellos, y añadirán los resultados de su propia labor.

Esta actitud se va a convertir en una especie de creencia colectiva del occidente europeo, en una nueva fe: la fe en el progreso. Los más grandes pensadores del mundo moderno creen en el progreso. Todos ellos, desde aquel gran precursor del mundo moderno que fue Nicolás De Cusa, quien era ya por muchos de sus aspectos, un pensador moderno, hasta los últimos filósofos, *v.gr.* Bergson, todos afirman el progreso.

Frente a la Edad Media, que ponía la consecución de los destinos humanos en otro plano de la realidad, los modernos aseguran que el hombre realizaría su bien, tratando constantemente de lograrlo.